

El desesperado esfuerzo de los partidarios de la revolucion durante la insurreccion centralista, no alcanzó á recabar que la mayoría de Barcelona se interesase en su favor. La emigracion mas asombrosa que se viera jamás, probó que la opinion habia sufrido un cambio profundo, y que era imposible hacerla volver atrás para tomar parte en motines y trastornos. Y no sirve el alegar que todavía se encontraron algunos miles de brazos que tomaron las armas en defensa de la bandera levantada el día 2 de setiembre, que se sostuvieron firmes por espacio de tres meses, y no se rindieron al general Sanz antes de haber visto que el movimiento no era imitado en las demás provincias, y que era sofocado en todas partes donde llegó á estallar; pues que en una ciudad tan populosa donde se hallan en tan crecido número las familias que quedan sin pan en el momento que se cierran las fábricas, es imposible que la necesidad no obligue á muchos á tomar parte en una causa que les es del todo indiferente. Añádase á esto que en tales casos acuden al punto de la insurreccion una multitud de aventureros de fuera, deseosos de aprovecharse de los disturbios, y se tendrá sencilla y fácilmente explicado por qué se pudo formar un cuerpo suficiente para cubrir las murallas, y hacer desde allí frente á las tropas de los alrededores. Además, si no olvidamos que en el sinnúmero de familias emigradas se contaban muchísimos de la clase de jornaleros, si tenemos en cuenta que los enemigos de aquella revolucion salieron desde luego de la ciudad á esperar el desenlace de los acontecimientos, en vez de impedir su desarrollo, resultará mas claro que la luz del día que el movimiento era altamente impopular, y que si nació y pudo medrar por algun tiempo poniendo en alarma á la nacion, todo fué debido á ciertas causas que no es oportuno examinar y que con el tiempo señalará la historia.

De estas consideraciones se infiere cuál es el estado actual de Barcelona, y cuáles las causas que lo han producido. El orden tiene allí numerosos partidarios; mejor di-

remos, la poblacion en masa está en favor de él; pudiendo asegurarse, que mientras haya al frente del Principado autoridades civiles y militares de intencion recta y carácter firme, no se turbará la tranquilidad pública y se hará imposible la repeticion de las escenas que por espacio de tantos años han escandalizado á la España y á la Europa.

Con la nueva situacion han nacido nuevas necesidades á que es preciso atender, si se desea cuidar no solo de lo presente sino tambien precaverse contra los riesgos del porvenir. De esto nos ocuparemos en otro artículo.—*J. B.*

## INSTRUCCION PRIMARIA.

Uno de los primeros cuidados que han de ocupar á los gobernantes, y á todos los que teniendo alguna influencia directa ó indirecta sobre la sociedad se interesan por el bien de sus semejantes, es sin duda la instruccion primaria. Si esta se halla arreglada, si presiden á la misma la religion y la moral, resultarán los hombres mas instruidos y menos viciosos, porque la generalidad de ellos no se forma con el estudio de elevadas ciencias, ni está destinada á carreras literarias, sino que viviendo en una condicion modesta conservan en el resto de sus dias lo que se les ha enseñado en la primera edad, sin que tengan ocasion de añadir al caudal de sus luces otra cosa que las lecciones de la experiencia.

Es mas difícil de lo que á primera vista pudiera parecer el que los maestros sean á propósito para desempeñar su mision. Quien no haya examinado las cosas de cerca fácilmente se persuadirá que el enseñar á leer y escribir, el dar algunas nociones elementales de la religion y de la moral, el instruir en los rudimentos de la aritmética y otras cosas por este tenor, son tareas al alcance de cual-

quiera, y que basta una diligencia regular para adquirir maestros excelentes. Sin embargo, la experiencia está mostrando todos los días que léjos de ser así se tropieza con muchas dificultades, y que el fruto que de las escuelas se saca no es ni de mucho el que fuera de desear.

El enseñar á un niño exige mas laboriosidad, mas tino y discrecion del que comunmente poseen los destinados á esta carrera. No acudiendo á escuelas donde ellos puedan formarse antes de tomar sobre sí el cargo de formar á los demás, proceden frecuentemente á la ventura, siguiendo cada cual el método que le parece mas bien, ó que mejor se adapta á sus ideas y carácter. De lo que resulta que se convierten muchas escuelas en lugares de reunion de niños donde se llora, se grita, se lee, se escribe; donde todo se hace menos aprender.

Aun cuando el maestro no tuviese mas que un niño de que ocuparse fuérale menester ser muy discreto y entendido para hacerle progresar sin perder tiempo. ¿Qué será, pues, habiendo muchos, tal vez hasta centenares á cargo de un maestro y un ayudante? ¿Cuánto cuidado, cuánto método, cuánto tacto y paciencia no les será preciso emplear si quieren enseñar de manera que se aprovechen así los mas aventajados como los de menores alcances; así los de índole apacible y dócil, como los tercos y obstinados; así los de atención y laboriosidad, como los distraidos y perezosos?

En nuestro juicio una de las cosas que no debe olvidar nunca el maestro de instruccion primaria es que la infancia se distingue por dos calidades muy notables, y que segun como se proceda con respecto á ellas los resultados serán muy provechosos ó muy estériles, muy buenos ó muy malos. Estas calidades son: 1.<sup>a</sup> facilidad de recibir toda clase de impresiones: 2.<sup>a</sup> dificultad de comprender muchas cosas á un tiempo. El niño puede compararse á una tabla rasa cubierta con una capa de pasta muy blanda donde es suficiente tocar muy ligeramente para que quede la huella del cuerpo que la ha tocado; puede de otro lado

compararse con un frasco de cuello muy angosto que si se le quiere llenar de una vez el licor se derrama y apenas entran en él algunas gotas, cuando al contrario si se hubiese andado despacio en la operacion se hubiera podido llenar del todo sin perder el licor que á él se destinaba.

Estas dos calidades si las tuvieran presentes continuamente los maestros podrian adelantar mucho mas en la enseñanza y producir mejores efectos en el corazon de los niños. La facilidad con que estos reciben toda clase de impresiones hace ante todo indispensable el mas escrupuloso cuidado en las doctrinas y en los hechos concernientes á la religion y á la moral. La experiencia de cada día nos está enseñando que el hombre se resiente toda su vida de las impresiones recibidas en la primera infancia, y si nos fuera dable seguir el hilo de muchas vidas encontraríamos un asombroso encadenamiento que conduce al individuo por la carrera del vicio ó de la virtud, del crimen ó del heroismo, y cuyo primer eslabon arranca de los ejemplos que se ofrecieron á sus ojos, ó de las palabras que oyeron en la escuela ó en el hogar doméstico. *Quo semel est imbuta recens servabit odorem testa diu*, habia dicho el poeta, y esta imágen que expresa una verdad importante debiera recordarnos la delicada solicitud con que es necesario evitar que no entre en el tierno vaso licor venenoso ó corrompido para que no conserve mientras exista el mal olor con que se le haya infectado.

Fuera de desear que los maestros de primera educacion no solo profesasen principios religiosos y morales, sino que tambien los pusiesen en práctica, es decir, que seria menester buscar para estos destinos hombres sinceramente morigerados, porque de otra suerte no es posible que los niños no presenciaren repetidas veces escenas que los escandalicen. Quien no está adherido de corazon á las creencias religiosas podrá aparentar religiosidad por interés propio, por consideracion á los demás, y quizás hasta por el deseo de que los otros, sobre todo los de tierna edad,

no se aparten de la fe que él tiene perdida. Mas como la verdad es el estado normal del hombre, y la ficción continuada no es posible, resulta que á lo mejor se olvidan esta clase de actores de que están representando su papel, y hablan ú obran conforme á sus erradas doctrinas. El niño que casi siempre tiene fija la vista sobre sus superiores, que recoge con avidez las palabras que ellos pronuncian tal vez sin advertir lo que dicen, que observa todos los actos de las personas que ejercen sobre él alguna autoridad, y que además tiene una fuerte inclinación á referir todo lo que oye y á imitar lo que ve, considera como de poca importancia lo que ha llegado á notar que es reputado como de escaso valer por aquellos á quienes respeta; así como venera profundamente lo que ha visto venerado por las personas que le gobiernan. Una expresión, un gesto que se le escapará al maestro en el acto de enseñar la doctrina cristiana ó la práctica de algun acto religioso, bastará quizás para hacer brotar en aquellas almas tiernas un pensamiento maligno que despues se convertirá en duda ó en desventura impiedad. En vano procurará estar sobre sí, quien ha de aparentar continuamente fe que no tiene, y veneración y acatamiento á objetos que desprecia; en vano para encubrir el estado de su conciencia afectará tal vez un celo y entusiasmo que está muy léjos de experimentar; en la misma exageración de sus palabras y acciones dará que sospechar á los alumnos dotados de alguna penetración; si esto no acontece, vendrá un momento de descuido que se hará notar tanto mas cuanto será mas vivo el contraste.

Por estas razones seria de desear que la primera educación no estuviese únicamente á cargo de personas que no tengan en ello otro objeto que el ganar su subsistencia; porque el interés, si bien es muy sagaz para proporcionar recursos al individuo que por él se mueve, pudiendo por cierto tiempo comunicar actividad y hasta apariencias de celo, no obstante es flojo cuando cesan de correr peligro los bienes materiales que forman su objeto, y difícilmente

se hace capaz de practicar un sistema por tiempo muy dilatado si esto exige sacrificios algo penosos. Y estos sacrificios los exigen ciertamente las tareas de la primera educación, pues no cabe oficio mas molesto y que demande mas asiduidad y paciencia, á no ser el cuidado de los enfermos. En Francia y otros países se ha conocido esta verdad, y así es que se protegen y fomentan aquellos institutos religiosos que tienen por objeto la educación é instrucción de los niños pobres. La clase menesterosa es la que mas necesita este auxilio, porque escaseando de recursos para estimular el interés individual de los maestros, le es preciso enviar á sus hijos á la escuela sin poderles proporcionar ninguno de aquellos medios de que en tales casos acostumbran valerse las familias acomodadas.

Se ha reconocido ya generalmente que los hospitales no pueden ser bien atendidos no estando encomendados á la caridad personificada en alguna institucion religiosa; se ha reconocido que el interés del salario es insuficiente para ejercer sobre el corazon aquel influjo constante y eficaz que es indispensable para someterse á un tenor de vida fatigoso y repugnante; se ha reconocido que la abnegación que para esto se ha menester no puede dimanar de consideraciones puramente mundanas, sino que es indispensable que nazca de la Religion que tan decididamente señorea todos los resortes del corazon humano. La instrucción primaria es ciertamente una de esas tareas fatigosas y repugnantes, y por esto vemos que el catolicismo sumamente pródigo para acudir á todas las necesidades, no olvidó fundar institutos cuyo objeto fuese la educación é instrucción de los niños de la clase pobre.

En el estado actual de la sociedad es tanto mas indispensable valerse de este recurso, cuanto que es sumamente difícil encontrar el número suficiente de maestros que con la correspondiente idoneidad reúnan las creencias religiosas y una conducta moral y ajustada. Tal es el vértigo de las ideas, tal la corrupción de costumbres, tal la disipación que lleva distraídos los ánimos de la juventud, que

es sumamente peligroso, que quien está encargado de ilustrar el entendimiento y formar el corazón de la infancia, emprenda quizás muchas veces esta angusta tarea, después de haber hecho alarde de incredulidad y escepticismo y de haberse entregado á los excesos de una vida relajada. Semejante daño no se experimenta si el individuo pertenece á un instituto religioso; porque sometido á una regla invariable, sujeto á la voluntad del superior, vigilado por sus propios compañeros, se ve en la necesidad de observar una conducta arreglada, aun cuando á ello no le impulsase el deber de la conciencia. El niño se acostumbra desde su más tierna edad á considerar el oficio del maestro como una cosa hermanada con la Religión, aprende á un mismo tiempo lo que interesa saber según la carrera á que se destina, y se va ejercitando en las santas prácticas que después le quedan como otros tantos hábitos de los cuales ó no se desprende nunca, ó no se olvida de tal suerte que le sea difícil volver á ellos cuando ha pasado el hervor de la inexperta mocedad.

La otra calidad de los niños, á saber, la dificultad de comprender muchas cosas á un tiempo, indica cuán necesario es que se emplee en la enseñanza un método sumamente sencillo, pues que jamás se cuidará lo bastante de remover los obstáculos que detienen la marcha de una inteligencia que da los primeros pasos.

Generalmente hablando parecen que se cultiva demasiado la memoria de los niños y se cuida poco de desarrollar su comprensión. Se los acostumbra á decorar muchas páginas de una tirada, se los hace estudiar para este efecto largas horas, se estimula su amor propio con la emulación, con la esperanza de premio ó el temor de castigo, para que no falte ni una sola sílaba á la lección que han de recitar, y entre tanto no se procura despertar su inteligencia y se la deja ociosa y atontada.

¿Cuántos son los niños que os dirán el catecismo de un extremo á otro, y no obstante son incapaces de explicar con acierto el sentido de una sola línea? En prueba de es-

to, desviaos en las preguntas del orden en que las han encontrado en el libro, servíos de otras palabras precisándolos de esta suerte á mudar también ellos las suyas, y notareis que á una pregunta le aplican una respuesta enteramente disparatada tomada al acaso de otro lugar del catecismo, dando así á entender que recitan por pura rutina, y que se ha llenado de palabras su imaginación, más no de ideas su entendimiento.

¿Créese por ventura que los niños á la edad de ocho ó nueve años, no son capaces de formarse ideas claras y exactas de muchos objetos, con tal que les sean presentados con la sencillez y buen orden correspondientes? ¿Por qué al propio tiempo que se les hace decorar el catecismo, no se les podría presentar en pocas palabras y en pequeño número de lecciones la historia de la Religión, y obligarlos á referirla ellos mismos, prescindiendo de los términos del libro que les sirviese de texto? No se nos diga que esto es imposible, porque á cada paso oímos á un niño refiriendo historietas pertenecientes, ó á él, ó á sus compañeros, ó á su familia, ó á otra conocida, ó al pueblo en que vive; cada día los estamos oyendo que narran con admirable puntualidad y quizás con notable viveza y colorido, lo que oyeron contar de las apariciones de un muerto, de los secretos de una bruja, ó las travesuras de un duende; ¿por qué, pues, no se les podría enseñar á conocer el encadenamiento de la historia de la Religión, de suerte que empezando desde la creación del mundo reuniesen en breve cuadro la caída del hombre, el diluvio universal, la vocación de Abrahán, la historia de Moisés, los prodigios de la salida de Egipto, la peregrinación por el desierto, la entrada en la tierra de promisión y los principales acontecimientos del pueblo escogido, haciendo notar su origen, los medios admirables de que Dios se valía para hacerle conducir á su destino, el objeto que se propuso Dios en la vocación del primer Patriarca, lo que figuraba el pueblo de Israel con su religión, sus leyes y sus costumbres, el íntimo enlace que todo tenía con la venida del